

David Olguín

ESCRIBIR
para **CUERPOS**
y **VOCES**



Quinto Premio
Jorge Ibarguengoitia
de Literatura

Editorial **UG**

David Olguín
**Escribir para
cuerpos y voces**

PREMIO 
Jorge Ibarguengoitia
DE LITERATURA

Escribir para cuerpos y voces

Discurso pronunciado por
David Olgún
el 31 de marzo de 2022 al recibir
el Quinto Premio
Jorge Ibargüengoitia
de Literatura

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Ediciones
Universitarias

Escribir para cuerpos y voces
Primera edición digital, 2023

D. R. © Universidad de Guanajuato
Lascuráin de Retana núm. 5, Centro
Guanajuato, Gto., México
C. P. 36000

Producción:
Programa Editorial Universitario
Mesón de San Antonio
Alonso núm. 12, Centro
Guanajuato, Gto.
C. P. 36000
editorial@ugto.mx

Formación y diseño de portada:
Jaime Romero Baltazar
Corrección:
Fabiola Correa Rico

ISBN: 978-607-580-029-5

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra bajo cualquiera de sus obras, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Hecho en México
Made in Mexico

Quienes creemos en el profundo sentido que tiene escribir y hacer teatro, vivimos hoy en día circunstancias muy adversas: miro a mis colegas con el corazón mordido; hay desasosiego, incertidumbre en el bolsillo, pero más grave aún, sequía de proyectos donde el arte, y todo lo que esa palabra implica, pudiera restaurar nuestras tribunas de expresión. La sacudida está siendo más que severa, pero el teatro, en esencia, no está bajo amenaza.

Como un soplo de aire fresco, veo a mis colegas jóvenes descubriendo que no se equivocaron, que nuestro oficio, en efecto, es un arte de imaginación en libertad, de cuerpos en insurrección, de resistencia, de hurgar en las derrotas y grandezas del corazón humano, de palabras que le dan estructura a estos territorios al invocar pensamientos y pasiones en acción.

Paradójicamente, esos colegas jóvenes que conservan sus sueños intactos entran a la realidad económica en tiempos en que el dinero, “la llave que abre todas las puertas” —como lo llama Molière— está en las series, la televisión, en el cine a veces, y escasea en el teatro, al menos en el teatro de conocimiento del corazón humano, ese que pone al arte en el centro de sus preguntas técnicas y poéticas.

8

Las políticas de nuestro gobierno en materia de promoción y difusión de las artes escénicas tampoco son favorables. Un proyecto político de izquierda, entre tantas paradojas que lo rodean, abandona a sus creadores a la lógica del más salvaje neoliberalismo. La leyenda cuenta que Churchill, cuando su ministro de finanzas le propuso quitar el dinero a cultura y que todo se concentrara en la Guerra, se sublevó diciendo: “y entonces, ¿para qué peleamos?”. Nuestros tiempos, por el

contrario, son ferozmente utilitarios. A la pobreza material, se une el desprecio a la ambición artística, una pobreza más honda, pues acusa incompreensión del por qué y para qué hacer teatro en tiempos de inestabilidad, en un país que libra su propia guerra del narcotráfico y en un mundo en llamas, y con secuelas pandémicas tan graves como la enfermedad misma: miedo al cuerpo, desconfianza del otro, violencia intrafamiliar, fragilidad psicológica, crisis y bancarrota, entre otros males. Nos rodean tantos problemas, que la realidad misma podría hacernos dudar de la importancia que tiene el viejo arte de mirar nuestras acciones desde una butaca.

Y entre todo esto, y acaso por lo mismo, tenemos notables dramaturgas y dramaturgos que frecuentan una escritura cimarrona; esa libertad y ambición, en sus mejores resultados, nacen de que los complacientes éxitos de

mercado no caracterizan al teatro que se escribe en México, una escritura orillera y heterodoxa. Así como el arte de la actuación, en su ambición mayor, se verifica en la escena viva, el sentido artístico de la escritura dramática no está en el guionismo de los medios audiovisuales. Para el dramaturgo, las grandes aventuras poéticas persisten en la escena y, sin embargo, vivir de ella sigue siendo un laberinto.

10

Bajo esta intemperie, la Universidad de Guanajuato decidió otorgarme el V Premio Jorge Ibargüengoitia de Literatura. Agradezco profundamente la distinción. Entra, vuelvo a usar las palabras, aire fresco en estos días de desasosiego colectivo en mi gremio y, en lo personal, me hace pensar que las ardillas todavía se equilibran en los cables de mi ciudad inhóspita. Nuevamente gracias.

No vengo solo; quiero subrayarlo. Me acompañan batallas que me pre-

ceden: el teatro de nuestra Universidad Nacional donde tuve la fortuna de aprender que esto se trata de una exploración en la complejidad del comportamiento humano y que esa complejidad, serle fiel al modelo original, requiere de técnica y una mirada artística; me acompaña una tradición de escritura dramática nacional en la que yo ya pude verme y desconocerme y volver a reencontrarme —en particular, mis demonios familiares, Elena Garro, Óscar Liera, Jorge Ibarguengoitia, Hugo Hiriart, Juan Tovar...—; también, en la piel, invoco a mi querida gente de la escena, mis amigos y colegas, y a las actrices y actores que han dado cuerpo y voz a mis textos —especialmente está conmigo Laura Almela, mi compañera de vida, cuya grandeza actoral ha tenido la generosidad de dar existencia a mis palabras—; por último, me acompañan cuatro fotos viejas, blanco y negro, una en color olivo:

ahí me veo de niño sentado en una butaca, rodeado de mis raíces más íntimas mirando circo en el Atayde y en el Unión, en el corazón de mi barrio, la colonia Guerrero, donde aprendí a mirar y ser mirado.

Teatro solo se invoca en presente y agradezco estar en una ciudad eminentemente teatral, cobijado bajo la poderosa sombra de don Jorge Ibar-güengoitia, un dramaturgo que amó tanto al teatro que verificó con dolor aquella antinomia de Aristóteles: a veces nos parecemos tanto y queremos estar tan cerca de aquello que amamos, que terminamos por odiarnos y separarnos.

Arte del encuentro, el teatro, como acto social, conlleva una organización pública. La polis rodea al acontecimiento. Teatro es el ombligo del mundo, cielo e infierno; es reunión de saberes, autoría difusa cuando se verifica en escena, puesta en crisis del

concepto de individualidad en el arte y del “duro deseo de durar”, abrazo al festín efímero y salto al vacío. Se baja el telón o se apaga la luz o se desemboca en la palabra “fin”, y solo queda la experiencia. El actor se va con su arte en la piel: siempre será, en sí mismo y por más extraordinario que sea su trabajo, una obra maestra imperfecta; de la escenografía —solo atractiva en fotos tras la función— no quedan más que triques; el director se va pensando soluciones y derivas no realizadas y rumia aquello que sobrevive de su arte: procedimientos de trabajo; y, por último, el espectador sabe que no es propietario de nada. No colgará un cuadro, ni releerá el libro, ni podrá revender el producto. Se queda con una experiencia estética, ética, acaso divertida, política; idealmente, el acontecimiento permanecerá en su memoria y habrá afectado su estar en el mundo.

Es infinito el trabajo que hay detrás de la hora y media, en promedio, que dura el encuentro entre los que hacen y los que miran. Demasiada delicadeza puesta en juego en el sutil arte de la escena. Ahí pasa la vida humana en el tiempo. Nos afanamos, agitamos nuestra hora y no se nos vuelve a ver más. “Metafísica en acción”, la llamó Artaud; “el gran teatro del mundo”, Calderón de la Barca, y Chéjov, como si hiciera una oda desesperada a nuestros absurdos afanes cotidianos, sintetizó la condición efímera de la vida y la escena en aquella frase que dice: “Solo lo inútil tiene sentido”. Así de perturbador y necesario es el teatro.

En ese vértigo de muchas voluntades creativas, se inserta la escritura en el ámbito del drama. Pero creo que aun cuando escribimos durante ensayos o cuando nos ponemos al servicio de una autoría de grupo, no dejamos de ser un lobo estepario que se aparta

de la manada un tiempo para luego regresar sediento de ella y con la sabiduría de haberla entendido un poco más. Tras debatirnos en el mundo, siempre regresamos a casa y, de manera más concéntrica, a nuestro cuarto y, aun si lo compartimos con alguien más, llega el momento en que volvemos solos a nuestro propio corazón, ahí donde miramos aquello que somos, ahí donde nos contamos el cuento, verdadero o falso, de nuestra propia existencia.

La escena —que incluye al dramaturgo— genera un discurso colectivo; la escritura, por el contrario, es un acto individual que puede completar o no el ciclo que le da su razón de ser, pero sus preguntas técnicas responden a una aventura poética personal, una mirada que se habita de las voces de los otros.

“Soy muchos y en contrapunto, y cada cabeza tiene su verdad y la confronta” —nos dice la dramaturgia y

solo desde esa esquizofrenia podemos escribirla—. Es palabra inacabada, palabras que hacen, que son materiales, viven en espacios, huelen, cojean, se retuercen de dolor y alegría, “chillan” —dice el poeta—, pero para ser dramáticas, cabalgan el tiempo, transcurren entre voluntades que chocan entre sí, confrontando sus deseos con los otros y con la realidad.

Al dramaturgo se le guillotino bajo el decreto de Artaud que dijo: “no más obras maestras”; luego, la postdramaticidad quiso mandarnos de nuevo a la tumba. Pero como los muertos que regresan para contar cómo es aquello, simplemente aprendimos un poco más y, en los mejores casos, mudamos de piel. No hay persona, si quiere recuperar la plenitud de lo que esa palabra implica, que no muera y resucite a lo largo de su vida. Es casi un deber, a menos que queramos esclavizarnos a la condición del muerto en vida.

La radicalidad de Artaud y de las ideas de Hans Thies Lehmann fueron refundacionales para la escritura dramática de nuestros días, pero hay algo más viejo y rancio en las tablas de siempre y de lo que, desafortunadamente, los seres humanos no nos podemos librar: Hamlet apura el veneno y Horacio quiere acompañarlo en el viaje al más allá haciendo lo propio, pero el príncipe de Dinamarca lo detiene y le dice: “Renuncia a ser feliz por breve tiempo / Y en este duro mundo / Reserva con dolor tu aliento para contar mi historia”.

Alguien tiene que dejar memoria de lo que está pasando para que vuelva a pasar ante los ojos de otras personas y ellas puedan mirarse, reconocerse y abrazarse ante el común destino de la aventura humana. La obra de texto siempre se cuenta en presente, bajo la mirada camaleónica de una persona que es muchas y muchos, Legión,

“herida habitada” —le dice Pinter—, testimonio de nuestro paso en la tierra, que son las tablas, que son el mundo, que es el teatro.

Si escribimos para accionar, las palabras son cuerpos que esperan el aliento del teatro para respirar plenamente y vivir hoy. La pandemia nos recordó que se escribe bajo cualquier circunstancia, pero el arte de la acción solo florece en medio de la grey. La esencia de la escena, su insustituible verdad, radica en el cuerpo y en la necesidad de creer para tocar y tocar para creer. Tomás ve pero también toca y otros oyen y miran pulsando imaginariamente las consecuencias de su acción.

Morir en tiempos de COVID-19, sin gente alrededor, en solitario, sin deudos y sin el consuelo de los otros, ha sido muy doloroso. En el diapasón de lo humano, entre humanos, están los ritos fúnebres, el encuentro en el

templo, las delicias de la amistad, la fiesta, la protesta pública, nuestras celebraciones solares y el amor cuerpo a cuerpo. Son pausas que detienen el tiempo y la velocidad. A ese orden de cosas pertenece el teatro y a eso tenemos que regresar.

Un mandala no se atesora, en la intemperie está su razón de ser; en un misterio se cree y punto; un abrazo, un beso requiere de dos o más, según la elasticidad del cuerpo y el corazón de cada quien. El teatro, en este sentido, como todo aquello que nos recuerda las razones esenciales de nuestra aventura colectiva en este tránsito y en esta hora y en este paisaje, sobrevivirá porque es necesario. Al navegante profundo no se le pregunta sobre el puerto de llegada, en el viaje mismo está su finalidad. Por eso el teatro no está bajo amenaza, por eso el teatro es necesario, por eso Eugenio Barba, en un conmovedor texto escrito durante

el encierro en la primera ola de contagios, pudo decir: “Hasta en el infierno haremos teatro”.

En el *Decamerón*, rodeados de la peste, un grupo de jóvenes se reúne a escuchar y contar historias. Hay humor de por medio y, por tanto, inteligencia. El espíritu humano construye diques contra la destrucción de todas las cosas, aun en las condiciones más adversas. El arte escénico encierra una extraordinaria sabiduría de vida: te invita a un viaje aparentemente inútil, vives aventuras, aprendes de ti y de la vida, te conmueves, discutes, *tocas* —así sea con tus neuronas espejo y acariciando con los ojos— y la experiencia solo queda en tu memoria. No te llevas más que eso y parafraseando a Cavafis, si el viaje te defraudó, no es culpa de Ítaca, ella solo te ofreció un viaje.

Escribir para cuerpos y voces es misterioso; su tradición se remonta a los orígenes rituales de la tribu, toda

una experiencia de siglos puesta al servicio de la vida, la moralidad humana, la aventura gregaria de la polis y de los destinos individuales y colectivos en contradicción. Vine a esta ciudad teatral como ciudadano del teatro — según nos enseñó a anhelar Rodolfo Usigli en este país—. Agradezco profundamente que me hayan cobijado bajo la generosa sombra de su cueva—néense eterno para refrendar que, a fin de cuentas, el teatro no está bajo amenaza, que la pandemia ha sido una llamada de atención a todo un orden de vida. Se activarán los teatros; regresará el público; hagamos, por tanto, lo nuestro: la humanidad es la esencia del teatro y para invocarla, requerimos de una mirada artística. Escribamos y ensayemos con mayor ambición. Que nuestras cabezas vuelen. Son tiempos difíciles para el bolsillo, para el corazón, para aquellos que acaso estén dispuestos a mirarnos y participar. Solo el

teatro puede prevalecer y ser invocado desde su humanidad, desde lo esencial de nuestro viejo oficio. Y como dice Oliverio Girondo: “Muchas gracias por todo. Muchas gracias”.

David Olguín, agradecido.

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Dra. Claudia Susana Gómez López
Rectora General

Dr. Salvador Hernández Castro
Secretario General

Dr. José Eleazar Barboza Corona
Secretario Académico

Dra. Graciela Ma. de la Luz Ruiz Aguilar
Secretaria de Gestión y Desarrollo

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón
Titular del Programa Editorial Universitario

Escribir para cuerpos y voces

de David Olgún

terminó su tratamiento editorial

en el mes de diciembre de 2023.

En su composición se utilizó la fuente tipográfica

Crimson Text de 18, 21, 24, 30, 36 y 80 puntos

y el cuidado de la edición estuvo a cargo

de Jaime Romero Baltazar.